

—Regresas ahora del funeral de Adelaide, ¿no es cierto? —preguntó sir Lulworth a su sobrino—. Supongo que habrá sido parecido a la mayoría de los funerales.

—Ya te hablaré de él en el almuerzo —contestó Egbert.

—No harás nada semejante. No sería respetuoso ni para la memoria de tu tía abuela ni para el almuerzo. Empezaremos con aceitunas españolas, después tomaremos una sopa «Borsch», seguida de más aceitunas con algún ave, con un vino del Rin bastante atractivo que, aunque no ha resultado tan caro como los vinos de ese país, a su manera sigue siendo bastante laudable. En ese menú no hay absolutamente nada que armonice lo más mínimo con el tema de tu tía abuela Adelaide o de su funeral. Fue una mujer encantadora, inteligente como cualquiera puede serlo, pero tenía algo que me recordaba siempre la idea que se hace un cocinero inglés del curry de Madras.

—Solía decir que eras bastante frívolo —comentó Egbert. En su tono había algo que sugería que aceptaba bastante ese veredicto.

—Creo que en una ocasión la escandalicé bastante con la afirmación de que un caldo claro es para la vida un factor más importante que una conciencia clara. Tenía muy poco sentido de las proporciones. Y a propósito, te nombró su heredero principal, ¿no es así?

—Cierto —contestó Egbert—. Y también el albacea testamentario. A ese respecto quería hablar contigo.

—Los negocios no son mi punto fuerte en ningún momento —replicó sir Lulworth—, pero desde luego todavía lo son menos cuando nos encontramos en el umbral inmediato del almuerzo.

—No se trata exactamente de negocios —explicó Egbert siguiendo a su tío hasta el comedor—. Es algo bastante serio. Muy serio.

—Entonces no hay ninguna posibilidad de que hablemos de ello ahora; nadie puede hablar en serio tomando un «Borsch». Un «Borsch» bellamente elaborado, tal como el que vas a experimentar ahora, no sólo prohíbe toda conversación, sino que casi aniquila el pensamiento. Más tarde, cuando lleguemos a la segunda ronda de aceitunas, estaré plenamente dispuesto a discutir acerca del nuevo libro sobre Borrow, o si lo prefieres, sobre la actual situación en el Gran Ducado de Luxemburgo. Pero me niego absolutamente a hablar de nada cercano a los negocios hasta que hayamos

terminado con el ave.

Egbert pasó la mayor parte de la comida en un silencio abstraído; el silencio de un hombre cuya mente está concentrada en un solo tema. Cuando llegaron al café, se lanzó repentinamente por entre los recuerdos que expresaba su tío acerca de la corte de Luxemburgo.

—Creo haberte dicho que la tía abuela Adelaide me ha nombrado su albacea testamentario. No había mucho que hacer en cuanto a asuntos legales, pero tuve que leer sus papeles.

—Por sí sola, debió ser una tarea bastante pesada. Imagino que habría resmas de cartas familiares.

—A montones, y la mayoría muy poco interesantes. Sin embargo había un paquete al que pensé debía dedicar una lectura cuidadosa. Era un manojo de cartas de su hermano Peter.

—El canónico de trágico recuerdo —comentó Lulworth.

—Exactamente, tal como tú dices, de trágico recuerdo; una tragedia que nunca se desentrañó.

—Probablemente la explicación más simple fue la correcta —dijo sir Lulworth—. Resbaló en la escalera de piedra y se rompió el cráneo con la caída. Egbert lo negó con un gesto.

—Todas las evidencias médicas prueban que el golpe en la cabeza le fue dado por algo que tenía detrás. Una herida causada por el contacto violento con los escalones no podría haberse producido en ese ángulo del cráneo. Experimentaron con un maniquí al que dejaron caer en todas las posturas concebibles.

—Pero, ¿el motivo? —preguntó sir Lulworth—. No había nadie que tuviera el menor interés en deshacerse de él, y el número de personas dispuestas a destruir a los canónigos de la Iglesia establecida, por el mero placer de matar, debe ser extremadamente limitado. Desde luego que hay individuos de equilibrio mental débil que hacen esas cosas, pero raramente ocultan su autoría; en general suelen tener más inclinación a exhibirse.

—Se sospechó de su cocinero —comentó Egbert.

—Lo sé, pero simplemente porque era la única persona que había en la casa en el momento de la tragedia. ¿Puede haber alguien tan estúpido como para tratar de endosar una acusación de asesinato a Sebastien? No tenía nada que ganar, y en

realidad bastante que perder, con la muerte de su patrono. Ese canónigo le pagaba un salario tan bueno como el que yo fui capaz de ofrecerle cuando entró a mi servicio. Desde entonces se lo he subido para que se acerque un poco más a lo que realmente merece, pero en aquel tiempo se sintió satisfecho de encontrar un nuevo puesto sin tener que preocuparse por un aumento salarial. La gente le evitaba bastante y no tenía amigos en este país. Decididamente, si había alguien en este mundo interesado en que el canónigo tuviera una vida prolongada y una digestión fluida, ése era sin la menor duda Sebastien.

—La gente no sopesa siempre las consecuencias de sus actos precipitados —observó Egbert—. En otro caso, se cometerían muy pocos asesinatos. Sebastien es un hombre de temperamento ardiente.

—Es un meridional —admitió sir Lulworth—. Para ser geográficamente exacto, creo que procede de las pendientes francesas de los Pirineos. Tuve ese hecho en cuenta cuando el otro día estuvo a punto de matar al chico del jardinero por haberle llevado un ejemplar falso de acedera. Siempre hay que hacer concesiones al origen, la localidad y el entorno de los primeros años. «Dígame cuál es su longitud, y sabré a qué latitud pertenece», ése es mi lema.

—Pero ya ves que casi mató al chico del jardinero —exclamó Egbert.

—Mi querido Egbert, entre estar a punto de matar al hijo de un jardinero y matar totalmente a un canónigo hay una gran diferencia. Sin duda habrás sentido a menudo el deseo temporal de matar al hijo de un jardinero, pero nunca has cedido a él, y te respeto por el control de ti mismo del que has dado muestra. Pero no supongo que hayas querido matar a un canónigo octogenario. Además, por lo que sabemos, no existió nunca ninguna disputa o desacuerdo entre los dos hombres. Las pruebas de la investigación dejaron eso bien claro.

—¡Ah! De eso precisamente quería hablar contigo —respondió Egbert con la actitud de un hombre que ha llegado por fin al punto importante y retrasado de una conversación.

Apartó la taza de café y sacó un librito del bolsillo interior de la chaqueta. De dentro del libro sacó un sobre, y del sobre extrajo una carta escrita con una letra apretada, pequeña y pulcra.

—Una de las numerosas cartas del canónigo a la tía Adelaide —explicó—. Escrita días antes de su muerte. A Adelaide le fallaba ya la memoria cuando la recibió, y me atrevo a decir que olvidó el contenido nada más leerla; de no ser así, a la luz de lo que sucedió posteriormente ya habríamos oído hablar de ella. Si se hubiera presentado en la investigación, creo que habría producido alguna diferencia en el curso de los asuntos. Tal como acabas de comentar, se dejó de sospechar de Sebastien porque se

demostró la total ausencia de nada que pudiera considerarse como motivo o provocación para el crimen, si es que fue un crimen.

—Vamos, lee la carta —dijo sir Lulworth con impaciencia.

—Está bastante llena de divagaciones, como casi todas las cartas de sus últimos años. Leeré la parte que se refiere directamente al misterio.

«Temo mucho que tendré que librarme de Sebastien. Cocina divinamente, pero tiene el carácter de un demonio o un mono antropoide, y realmente le tengo miedo físico. El otro día tuvimos una disputa con respecto al almuerzo correcto que habría que servir en el Miércoles de Ceniza, y quedé tan irritado y molesto por su engreimiento y obstinación que acabé echándole una taza de café a la cara al tiempo que le decía que era un mequetrefe insolente. La verdad es que el café que le llegó a la cara fue muy poco, pero jamás he visto a un ser humano dar una muestra tan deplorable de ausencia de autocontrol. Me reí de la amenaza de matarme que profirió en su rabia, y pensé que todo el asunto habría terminado, pero desde entonces le he sorprendido varias veces con el ceño fruncido, murmurando de una manera muy desagradable, y últimamente me ha parecido que me seguía por el campo, sobre todo cuando por las tardes salgo a pasear por el jardín italiano.»

—Fue precisamente en los escalones del jardín italiano donde se encontró el cuerpo —comentó Egbert antes de reanudar la lectura—. «Me atrevo a decir que el peligro es imaginario, pero me sentiré más tranquilo cuando haya dejado de estar a mi servicio».

A la conclusión del extracto, Egbert se detuvo un momento, y como su tío no hiciera ningún comentario, añadió:

—Si la ausencia de motivos fue el único factor que salvó a Sebastien del juicio, sospecho que esta carta da al asunto un cariz diferente.

—¿Se la has enseñado a alguien? —preguntó sir Lulworth extendiendo la mano para coger el pedazo de papel acusador.

—No —contestó Egbert entregándoselo por encima de la mesa—. Pensé que debía hablar primero contigo. ¡Cielos! Pero ¿qué estás haciendo?

La voz de Egbert se convirtió casi en un grito. Sir Lulworth había lanzado el papel al centro ardiente de la chimenea. La escritura pequeña y pulcra se arrugó, convirtiéndose en negros copos de nada.

—Pero ¿por qué has hecho eso? —preguntó Egbert con la boca abierta—. Esa carta era nuestra única prueba para relacionar a Sebastien con el crimen.

—Por eso la he destruido —contestó sir Lulworth.

—Pero ¿por qué quieres protegerle? —gritó Egbert—. Ese hombre es un asesino común.

—Como asesino es posiblemente común, pero no como cocinero.